

—Angela, mañana te llevo con tus niñas á las fiestas de Coyoacan.

—¿Cómo así?—preguntó mi madre:—hijita, ven acá, me dijo; tu padre nos lleva mañana á las fiestas de Coyoacan.

Yo no habia salido nunca de mi casa, ni sabia cómo eran las fiestas; mi madre llevaba mucho tiempo tambien de estar encerrada, y las dos nos pusimos tan contentas, tan contentas, que mi padre se enterneció, se le llenaron los ojos de lágrimas, y atrayendo nuestras dos cabezas con sus brazos, nos dió un beso á cada una, exclamando:

—¡Pobrecitas!

Yo no habia visto nunca llorar á mi padre, y me afecté mucho, y casi llorando le pregunté:

—¿Por qué lloras, padre?

—De gusto—me contestó sonriendo y con las lágrimas en los ojos—de gusto, Paulita, porque os veo tan contentas.

Mi madre lo acarició, diciéndole:

—¿Qué mas quieres, Pablo? Somos muy pobres, pero estamos contentos; no llores ni de gusto, porque me entristezco: voy á traerte á la otra niña para que te calmes completamente.

Mi madre se levantó y tomó á mi hermanita, que dormia en un rincon del cuarto, y se la llevó á mi padre, que la tomó en sus brazos, pudiendo apenas verla, porque el llanto nublaba aún sus ojos.

No te enfades, Lúcas, porque te refiero tantos pormenores de esa noche; pero están vivos en mi memoria aquellos recuerdos y aun me hacen llorar.

Paulita limpió sus ojos; Lúcas estaba á punto de llorar. La muchacha continuó:

«Mi padre, haciéndose gracioso y queriendo dar á mi madre una sorpresa, sacó de su seno un pañuelo y lo desen-

XIV.

La historia de Paulita.

Mi padre era un honrado albañil que ganaba penosamente la vida; tenia dos hijas, yo, que era la mayor, y otra niña que contaba cuatro años menos.

Con muchísima pobreza, pero mi padre sostenia á su familia, y queria mucho á su mujer y sus dos hijitas. Jamás tomaba pulque ni se emborrachaba. Los domingos por las tardes no salia de casa, contándome cuentos ó jugando con mi hermanita.

Mi padre era el marido que envidiaban todas nuestras vecinas.

Siempre estaba formando proyectos para cuando yo creciera y para cuando Dios le abriera camino para remediar nuestras necesidades, que en verdad eran muchas.

Tenia yo siete años y tres mi hermanita, cuando un sábado en la noche mi padre vino mas alegre que lo de costumbre, y dijo á mi madre:

volvió á su vista; habia allí algunas monedas de plata y una moneda de oro.

—¿De dónde?—preguntó mi madre con una sonrisa de alegría.

—Eso quisieras saber, picarona—contestó mi padre entregándole todo el dinero.

Yo no habia visto nunca una moneda de oro, y la tomé admirada entre mis manos.

—Bueno, esto es de tu jornal—dijo mi madre contando las monedas de plata;—¿pero esta?

—Esa me la envió Dios para vosotras, óyeme: despues de que salí de mi trabajo, me volvia para acá muy cansado, y comencé á encontrar gente que se iba para Coyoacan, en donde dicen que van á estar muy bonitas las fiestas del santo patrono, y pensaba yo entre mí—«qué lástima que esté yo tan pobre, porque no puedo llevar á pasear á mi pobre Angela y á mis hijitas, que nunca han visto nada;» y me entristecí.

—¿Qué buen Pablo!—dijo mi madre contemplándolo cariñosamente.

Yo me estreché contra mi padre, que tenia á mi hermanita en sus rodillas y la dejaba jugar con sus escapularios.

—Pues venia muy triste, cuando oigo que gritan: «atájenlo,» «atájenlo;» alzo la cara, y cerca ya de mí venia suelto un hermoso caballo muy bien enjaezado y muy lindo: casi no tuve mas que alargar el brazo y tomarlo por la brida; el maldito se resistia, pero yo firme, hasta que llegó su dueño, que era un señor muy principal, que metió mano á la bolsa de sus calzones, y me dió esta moneda: ¿qué tal? Dios me la mandó para que os deis un dia de gusto en Coyoacan y compres frutas y dulces para las niñas.....

Estaba yo tan contenta, que no me hubiera cambiado por la viriena.

Desde aquel momento hasta que nos acostamos y nos dormimos, no se habló de otra cosa mas que del paseo del dia siguiente. Cansé á preguntas á mi padre y á mi madre, y le conté y le expliqué á mi hermanita lo que íbamos á hacer, causando con todo esto el placer que puedes figurarte á mis pobres padres, que estaban casi orgullosos de haber podido proporcionarme dia tan feliz.

Me dormí por fin, y soñé cosas tan bonitas como nunca he visto en la vida.

—Mañana, levantarse temprano—habia dicho mi padre.

Excusada recomendacion; mas de tres veces me desperté en la noche, preguntando:

—¿Ya me levanto? ¿ya me levanto?

—Aun es de noche, todavía no—contestaba mi madre, y volvia yo á dormirme.

En una de aquellas veces, mi padre preguntó:

—¿Qué dice Paulita?

—Que si ya se levanta.

—Pobrecita!—dijo mi padre riéndose, pero con cierta ternura—¿qué alborotada está!

Pero al fin me dormí tan profundamente, que mi madre hubo de despertarme.

Salimos de México á pié por supuesto, pero alegrísimos: yo reia, corria, llevaba de la mano á mi hermanita algunos ratos que caminaba por su pié. Mi padre iba encantado con mi alegría y con la satisfaccion que brillaba en el semblante de mi pobre madre.

¡Ay, Lúcas! qué bueno era mi padre.

Llegamos á Coyoacan; me compraron cuanto llamó mi

atencion en la plaza, frutas, dulces, juguetes, flores; aquel era para mí el dia mas feliz de mi vida.

Llegó el momento en que salia la procesion, y mi padre nos llevó al cementerio para que la viéramos mejor.

Comencé á espantarme, lo mismo que mi hermanita, porque los cohetes volaban en todas direcciones.

—Vámonos de aquí—dijo mi padre—no vayan á quemar á estas niñas.

—Vámonos—dijo mi madre; é íbamos ya á retirarnos, cuando una gran bomba despedida de una rueda que quemaban cerca de nosotros, vino á reventar junto á mí.

Las chispas me ofendieron y quise correr; pero casi al mismo tiempo oí que mi padre lanzó un grito; volví á mirarle; se habia cubierto el rostro con las manos, vacilaba queriendo caer, y entre sus dedos brotaba sangre.

Mi madre dió tambien un grito y se apresuró á prestarle ayuda, y le sentó en el suelo; toda la gente se agrupó en derredor nuestro.

—¿Qué te ha sucedido, Pablo? Pablo, respóndeme—decia angustiada mi madre.

—Le reventó la bomba en la cara—decian algunos.

—Un médico, un confesor—gritaban las mugeres, y de todas partes llegaba la gente corriendo para ver lo que habia sucedido.

Yo creia soñar; aquella mañana tan alegre, tan feliz, mi padre tan contento, tan satisfecho, y de repente mirarlo en tierra sin conocimiento, cubierto de sangre, y á mi madre angustiada, loca; tantas gentes, tantas caras pálidas y desconocidas, los gritos de «médico,» «confesor,» todo era horrible, espantoso; me parece que lo estoy viendo.

Mi padre volvió en sí dando gemidos tan dolorosos, que me partian el corazon.

—Aquí está el médico—dijo un hombre abriéndose paso entre el concurso y arrodillándose junto á mi padre.

—Amigo, quitaos las manos del rostro.

Mi padre no obedecia, y seguia gimiendo.

—Señora—dijo el médico á mi madre—apartadle las manos para ver la herida.

El círculo de los curiosos se estrechó entonces tanto, que llegué á quedar casi sobre el cuerpo de mi padre.

Se le apartaron las manos del rostro; mi madre lanzó un grito, y los demás una exclamacion de espanto: yo no pude ni gritar.

Aquello no era rostro; era una masa horrible, confusa, de sangre y de carne.

El médico le examinó cuidadosamente, y luego con mucho aplomo, pero con muy poca lástima de él y de nosotras, que esperábamos temblando su resolucion, exclamó:

—La cosa no es de muerte, pero indudablemente se quedará ciego para siempre.

Sentí helarse mi corazon.

—Ciego!—exclamó mi padre, batiendo el aire con las manos—¡ciego para siempre! Dios mio, Dios mio, ¿y quién mantendrá á mi mujer y á mis hijitas, Dios mio?.....

Era tan tierno, tan desgarrador el acento de mi padre, que creo que todo el mundo lloraba.

—Angela, Paulita—gemia el infeliz—¿adónde estais, adónde?

—Aquí á tu lado, Pablo, á tu lado—contestó mi madre llorando.

—¿Y mis hijitas?

—Aquí están; tíentalas.

Mi padre nos buscaba con sus manos y nos acariciaba á las tres.

—Angela, Paulita, Lucía, ya no os veré nunca, nunca, hijitas mías: ¡ciego! ciego! En qué podré trabajar, con qué os mantendré?

—Cálmate, cálmate, Pablo; ¿te duele mucho?

—¡Oh! mucho, mucho; pero no es nada lo que padezco de la herida, comparado con lo que siente mi corazón: ¡ciego! ¡ciego! ¿qué será de vosotras? ¡Ay! nunca os volveré á ver.....

La gente ya no lloraba, aullaba de dolor con aquella escena.

Afortunadamente llegó el señor cura; le hizo traer una escalera en donde acostaron á mi padre para conducirlo al curato, y de allí á nuestra casa: aun tengo presentes las palabras de dulce consuelo que el señor cura dirigia á mi padre para calmarlo.

Una calentura terrible se apoderó de mi pobre padre; aquella noche la pasamos á su lado y llorando amargamente, en una de las piezas del curato. Mi padre deliraba; pero en su delirio su único pensamiento era su mujer y sus hijas; nos llamaba siempre, creyéndonos lejos, y estábamos á su lado.

Al dia siguiente muy temprano le hicimos conducir á México en una camilla.

¡Qué diferencia de aquel camino al del dia anterior!

¡Cuánto habia variado nuestra suerte! de la suma felicidad á la mas espantosa desgracia.

Paulita se inclinó sobre la mesa y lloró; el Jején quiso hacerse fuerte y volvió el rostro á otro lado, pero limpiaba con disimulo dos lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Vamos, Paulita, gritaba, ¡qué cosas tan tristes cuentas esta noche!

—La verdad, Lucas, la verdad; y ya verás, ya verás.

XV.

La historia de Paulita.

(CONCLUYE.)

Mi padre—continuó Paulita—estuvo enfermo tres meses; la miseria llegó á nuestra casa; los primeros dias muchas personas caritativas nos ayudaban. Pero ¡ay! Lucas, la caridad, por desgracia, se cansa pronto, y la curacion de mi pobre padre era muy larga.

Sanó por fin, pero estaba completamente ciego: no tenia ojos.

Habíamos vendido cuanto teníamos, y no hubo mas remedio; el pobre ciego se decidió á salir á la calle á pedir limosna para mantenernos, y entretanto mi madre cosía para ayudarle.

Yo le servia de diestro; salíamos muy temprano y le llevaba yo á las puertas de las iglesias; á las doce volvíamos á nuestra casa, comíamos cuando habia qué, y en la tarde

tornábamos á salir y regresábamos á las nueve, porque el toque de ánimas es muy á propósito para conmover á los cristianos. Mi padre consiguió aprender algunas relaciones, y así se pasaba la vida.

Tenia yo doce años, y la miseria habia hecho espantosos estragos en mi casa: mi madre estaba tan pálida y tan estenuada, que parecia una vieja; mi hermanita, que tenia ocho, tan enferma, que ya no se levantaba nunca de la cama; solo mi padre y yo teniamos fortaleza para trabajar, si es que era trabajo pedir limosna.

Por aquel tiempo, muchas noches, en una de las calles de nuestro tránsito, habia yo observado que un jóven hablaba con una dama que le esperaba en la reja de la ventana de una casa; pasábamos cerca algunas veces, y como no se cuidaban de nosotros, habia yo escuchado palabras tan dulces, que á pesar de mi corta edad, me impresionaban; otras veces el jóven llevaba allí músicos que tocaban piezas muy bonitas: entonces nos deteniamos á escuchar.

—¡Ah!—exclamaba mi padre—si yo tuviera la habilidad de tocar un instrumento, no pasaríamos tantos trabajos.

Y yo pensaba:

—¡Ah! si yo fuera bonita y rica, por mí vendrian estos músicos, y mi padrecito estaria muy contento!

Porque yo era muy niña y pensaba que los padres tenían mucho gusto cuando les llevaban música á sus hijas.

—Vámonos—decia mi padre.

Nos retirábamos, y muy lejos aún, oíamos la música, y yo iba pensando:

—¡Qué felices serán los ricos!

Una noche cayó un aguacero terrible; las calles se anegaron, y con mil trabajos, en medio de la oscuridad, caminaba yo conduciendo á mi padre, empapadas completamente nues-

tras pobres ropas, y tropezando y resbalando á cada momento. Para colmo de desgracias, aquella tarde la limosna habia sido muy escasa, y unas tortas de pan que compramos con todo el producto de la tarde, se habian echado á perder con el agua. Ibamos, pues, con las manos vacías.

—Mi padre caminaba muy triste, y yo estaba á punto de llorar.

Como no podia verse el piso, tanto por la oscuridad de la noche como porque estaba cubierto de agua, no pudimos evitar un agujero que habia en la calle; mi padre metió en él un pié, vaciló y cayó, arrastrándome en su caída.

Yo me levanté violentamente para ayudarle; le tomé de las manos, hizo un esfuerzo y se enderezó un poco, y volvió á caer dando un quejido. Tenia quebrado un pié.

—¡Imposible!—exclamó—¡imposible, hijita! no puedo levantarme; me he quebrado un pié.

Me espanté mucho, pero procuré calmarlo.

—No, padre, puede que no; haga usted un esfuerzo.

—Hijita, no puedo; tiéntame el pié.

Me incliné y toqué el pié de mi padre, y esto solo me bastó para conocer que decia la verdad.

Entonces no me ocurrió otra cosa mas que ponerme á llorar, abrazarlo y cubrirlo de besos.

Me acarició y sintió mis lágrimas.

—Vamos, tontita—me dijo con una ternura inmensa—no llores, no te aflijas; si no me duele: ¿no ves que me estoy riendo?

Y procuraba reirse; yo no lo veia, pero lo adivinaba.

—Esto es cualquiera cosa, continuó; ya verás como me paro, y poco á poco nos vamos á nuestra casita; allí me curará tu madre, y muy pronto estoy tan bueno como antes.

Pobrecito! yo seguia llorando, y él me decia:

—No llores, no llores, mi alma; si yo hubiera sabido que ibas á llorar, no te digo nada: vaya, yo te creia mas valiente..... Vamos, ayúdame; ahora verás como me levanto.

Se apoyó en mí, y haciendo un esfuerzo, que solo su amor de padre podia darle, se puso en pié; pero quiso dar un paso, y ya no pudo sostenerse; dió un gemido y cayó otra vez.

—No puedo, no puedo—dijo con desesperacion:—¿y qué hacer? Tú no puedes ayudarme: ¿cómo vas á estar aquí hasta que amanezca? y luego con esta noche tan horrible.

Yo no hacia mas que llorar y acariciarlo.

—¿Sabes, hijita?—me dijo—vete á la casa; díle á tu madre que yo me quedé en la casa de unos señores muy caritativos; duerme esta noche, y mañana temprano que habrá ya gente que te ayude, nos vamos los dos: yo me arrimaré arastrándome hasta la pared, y allí duermo tambien; si soy muy fuerte.....

—¿Pues qué ha sucedido aquí?—dijo cerca de nosotros una voz que yo reconocí ser la del jóven enamorado, porque yo la tenia muy presente, y porque estábamos en la calle de la dama.

—Señor caballero—contestó mi padre—soy un pobre ciego que pasa por aquí todas las noches; estaba el piso muy malo, caí, y me he quebrado un pié y no puedo llegar á mi casa.

—¿Está muy lejos tu casa, niña?—me preguntó el jóven.

—No mucho, señor—le contesté.

El jóven reflexionó. Habia pasado la tormenta y la luna comenzaba á alumbrar.

Yo pude ver al jóven, que tenia una capa negra y venia muy ricamente vestido.

—Ponte en pié—le dijo á mi padre.

—¿Cómo, señor?—dijo mi padre—tengo un pié quebrado completamente.

—¿Pero puedes sostenerte sobre el que está bueno, aunque sea un momento?

—Probaré, señor caballero.

—Apóyate en mí—dijo el jóven, tomando de los brazos á mi padre.

Mi padre se puso en pié, sin tocar el suelo con el que tenia roto.

—Permanece así un momento—dijo el jóven, y quitándose la capa y el sombrero, me los entregó, diciéndome:—lleva eso; pero no los vayas á mojar.

Tomé la capa y el sombrero, sin comprender al pronto lo que él iba á hacer, cuando lo ví acercarse á mi padre y ponerse de espaldas delante de él.

—Cruza tus brazos sobre mi cuello—le dijo.

Mi padre obedeció, él le tomó de las piernas y le levantó, llevándole á la espalda como un fardo.

—Vamos, niña, guía—dijo.

Obedecí sin vacilar, espantada de lo que estaba pasando.

Así caminamos sin hablar una palabra, y llegamos á mi casa.

Mi madre lloró sin consuelo al ver á mi padre en aquel estado; el jóven nos ayudó á ponerlo en su cama, y entonces noté que su rico trage se habia manchado de lodo por todas partes.

—Señor—le dijo mi madre—¿qué haré para mostraros mi gratitud! somos miserables, pero nuestro corazon os pertenece, señor, y allá arriba está el único que tiene suficiente poder para premiar accion semejante.

—Señora, dejemos eso—dijo el jóven;—me voy porque tengo un negocio; pero mañana al medio dia vendré á ver

al enfermo: llamen un médico temprano que lo cure; tiene ya fiebre ese hombre: si me necesitan, temprano mandad á buscarme á la calle de Ixtapalapa; me llamo Enrique Ruiz de Mendilueta.....

—¡Don Enrique!—exclamó el Jején, que habia escuchado sin pestañear la historia de Paulita.

—El mismo.

—Voto á tal! pues no sabia yo que fuera tan bueno con los pobres.

—Pues aun hay mas—continuó la muchacha.

—Salióse de mi casa Don Enrique, y al componer á mi padre la cama, encontramos debajo del petate que le servia de lecho, algunas monedas de oro que nos habia dejado allí con disimulo.

Al dia siguiente volvió, y nos visitaba cada cinco, cada ocho dias, mientras que mi padre estuvo enfermo.

Desde la noche que condujo á mi padre á nuestra casa, Don Enrique tomó á mi familia bajo su proteccion y nada nos faltaba, pero ya no era tiempo; mi madre y mi hermana murieron poco tiempo despues, y mi padre y yo, contando con tan buen protector, nos mudamos á esta misma casa.

Hace dos años tenia yo ya diez y seis, Don Enrique contaba diez mas que yo, y ni nos habia abandonado ni nos dejaba de visitar con alguna frecuencia.

Yo sentia que cuando él llegaba se apoderaba de mí una alegría extraña, que estaba triste cuando no le veia, que lo soñaba muchas noches; en fin, comprendí que me habia enamorado de él, aunque él jamás me habia dicho nada.

Debí sin duda, por la pasion que me causaba y por mi inexperiencia, de dárselo á conocer, y un dia me llamó á solas y me dijo:

—Oyeme, Paulita, quiero que me hables la verdad.

—Sí, señor—le contesté, encendida de rubor.

—Pero sin engañarme para nada.

—No, señor.

—Paulita, ¿tú estás enamorada de mí?

Era lo menos que yo me esperaba semejante pregunta, y creí que iba á caer privada del susto que me causó.

—Vamos, Paulita, dime.

—Sí, señor—le contesté;—mucho, muchísimo.

—Paulita—me dijo con dulzura—óyeme: yo tengo en eso la culpa por imprudente; debí conocer que este resultado tendrian mis visitas; pero aun es tiempo de remediar el mal: tú eres bonita, me agradas mucho, y me enamoraria yo de tí con tanta mas facilidad, cuanto que soy bien enamorado; pero no conseguiria yo mas que perderte, porque tú ves que no puedo casarme contigo: separémonos; con otra mujer quizá no tendria yo estos escrúpulos, pero tú eres otra cosa; yo no te abandonaré, pero no me verás mas; así conviene por tí, por mí y por ese pobre ciego, á quien le haria yo pagar con su honra mis pocos favores.

No tuve qué contestar; Don Enrique salió y yo lloré muchos dias: conté aquella escena á mi padre, que lo bendijo y me consoló.

Un año despues murió mi padre, y puse yo esta fondita para mantenerme de mi trabajo, y con ella, gracias á Dios, vivo sin pobreza y feliz, sin haber hasta hoy sucumbido á la seducción de ninguno de vosotros los que me enamorais, y á quienes acaricio y trato bien, pero no mas, Jején, no mas.

—¿Y nunca has vuelto á ver á Don Enrique?

—Jamás! supo la muerte de mi padre y me envió dinero y buenos consejos.

—¡Qué cosa!

—¿Tengo razon en quererlo y respetarlo como á mi padre?

—¡Voto va! y mucho; y desde hoy te quiero mas yo á tí y á él.

—¿Le salvarás?

—¡Te lo juro! primero me matan!.....

En este momento los compañeros del Jején entraron á la fonda.

XV.

Las consecuencias de la historia de Paulita.

Es la hora? preguntó el Jején á uno de los que entraban.

—Sí—contestó el otro.

—Vamos, pues.

—Vamos—contestaron los otros.

El Jején se levantó, tomó su sombrero y dijo á los demás: esperadme afuera un momento.

Los hombres salieron.

—Paulita—le dijo entonces Lucas, tomando cariñosamente la mano de la jóven—voy á hacer por ese hombre lo que podria en igual caso hacer por un hermano mio.

—¿Qué cosa?—preguntó la jóven con interés.

—Voy á salvarle la vida y á darle la libertad: Don Enrique va prisionero y nosotros llevamos encargo de matarle; le amenazan, pues, dos peligros, y de ambos le salvaré.

—¡Lucas, eres todo un hombre!

—Paulita, no le mataremos, y además le sacaremos de las manos de los soldados del rey: lo que ese jóven ha hecho